

"De ahora en adelante... el Rey va delante de vosotros"

(1° Sam. 12,2)



"Os anuncio una gran alegría"

(Lc. 2,10)



**Segunda conferencia sobre la Divina Voluntad,
como introducción a los Escritos de la
Sierva de Dios LUISA PICCARRETA,
"la pequeña Hija de la Divina Voluntad",
finalizada al triunfo de Su Reino**

Pablo Martín Sanguiao

“OS ANUNCIO UNA GRAN ALEGRÍA...”

(Lc. 2,10)

Dice Jesús: “Yo tengo para comer un alimento que no conocéis... Mi alimento es hacer la Voluntad de Aquel que Me ha enviado y llevar a cabo su Obra” (Jn. 4,32-34).

“No dejamos de pedir por vosotros y de pedir que tengáis **un pleno conocimiento de su Voluntad**, con toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Col. 1,9). “...Porque Dios nos ha hecho conocer **el misterio de su Voluntad**” (Ef. 1,9).

Por lo tanto, la Divina Voluntad es objeto de conocimiento, el más sublime, y también es un misterio “oculto desde siglos eternos en la mente de Dios” (cfr. Rom. 16,25; Ef. 3,1-5, 9-12)

“Por eso, habiendo preparado la mente a la acción, vigilad poniendo toda vuestra esperanza **en esa gracia que se os dará cuando Jesucristo se revele**” (1ª Pe. 1,13).

La Divina Voluntad es una “gracia”, un don futuro, el más deseable, relacionado con la futura Revelación o Parusía de Cristo.

“Amadísimos, nosotros desde ahora somos hijos de Dios, pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Lo que sabemos es que cuando El se manifieste seremos semejantes a El, porque Lo veremos como El es” (1ª Jn. 3,2).

En efecto, existe una revelación, que para San Juan era futura y que tiene que ver con Jesús y con nosotros, la cual nos ha de conducir a la semejanza divina perdida.

San Pablo pedía para que tuviéramos **un pleno conocimiento de la Divina Voluntad**, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Y Nuestro Señor, en su última Cena dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero por el momento aún no sois capaces de soportar el peso. Mas cuando venga el Espíritu de la Verdad, El os conducirá a la Verdad **completa**, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que haya oído y os anunciará **las cosas futuras**” (Jn.16,12-13). Y al acabar oró, diciendo al Padre: “Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo daré a conocer, para que el Amor con que Me has amado esté en ellos y Yo en ellos” (Jn.17,26).

Es evidente cuánto sea importante **el conocimiento**. En la medida que conocemos una cosa, la apreciamos, la deseamos, la amamos y por consiguiente la poseemos.

Una piedra preciosa que un hombre posee –es un ejemplo del Señor a Luisa–, se vuelve “preciosa” a medida que va sabiendo el precio le ofrecen por ella. La piedra no ha cambiado; lo que cambia es el conocimiento.

Si ganas un premio o te regalan un avión supersónico, último modelo, una joya de tecnología, es tuyo, lo miras, lo admiras, pero si no sabes pilotarlo, si ignoras todo, es como si no tuvieras nada. Empiezas a servirte de él, a poseerlo de hecho, a medida que vas aprendiendo cuántas cosas puedes hacer con él y cómo manejarlo o pilotarlo...

Así es la Divina Voluntad. **Podemos conocerla solamente en la medida que Dios se digna revelarla; en esa misma medida los justos, los santos la han apreciado, amado y poseído, y así se han santificado.** “Dichosos los últimos (incluso en el tiempo), porque serán los primeros”.

Ante todo, hay que decir que **la Divina Voluntad es la gran desconocida**, a pesar de las elocuentes indicaciones importantísimas que da la Sagrada Escritura. Diciendo “Divina Voluntad” se entienden varias cosas. Hay que aclarar algunos equívocos.

En cuanto noción. El conocimiento que se tiene de ella es impreciso y limitado, tanto en los libros de teología, como en el pensamiento común de la gente. Por ejemplo:

- La idea que se tiene de la Voluntad de Dios es que sea una facultad Suya, análoga a como la consideramos en el hombre. Casi secundaria respecto a la Inteligencia y ambas relativas a la Naturaleza Divina, a la “sustancia” del Ser de Dios. Más o menos como uno de sus atributos... En los tratados de Teología, muchas veces, se le dedica apenas una nota o un apéndice.
- O bien, cuando se habla de “Voluntad de Dios”, se piensa siempre a lo que Dios quiere o no quiere, en lo que manda o prohíbe o permite... O sea, se considera siempre, repetimos, como “complemento directo” (lo que Dios quiere) y no como el sujeto (Quien es el que quiere). De esta forma, “*hacer la Voluntad de Dios*” significa que nosotros cumplamos, con nuestra voluntad, las órdenes de la Voluntad de Dios, lo que El quiere o dispone.
- Desde el punto de vista emotivo. Por ejemplo, si para que hagamos algo se nos dice que lo hagamos por amor de Dios, no notamos una particular coacción. Parece que disponemos de una cierta posibilidad de maniobra, cuando se nos da una razón para que aceptemos... Pero si se nos dice: “Así has de hacer, porque es voluntad de Dios”, todos sentimos cierta reacción de desconcierto e impotencia, no cabe discutir, no podemos escapar, “nos han dado jaque”... ¿Por qué será?

Como problema, la mayor parte de las almas buenas no es capaz de percibir de la Voluntad de Dios más que ésto: “¿Y cómo puedo saber si una cosa es Voluntad de Dios?”. Es decir, que su problema termina en ellas mismas. Ellas ocupan siempre el centro del problema vital; Dios está en función de ellas. Son ellas las protagonistas de todo lo que hacen.

Por el contrario, la Divina Voluntad, que Jesús en el Evangelio llama “*la Voluntad del Padre*”, es la **realidad más íntima, vital, esencial de Dios**. De forma tal vez más intuitiva podemos decir que su Voluntad es *el sustantivo* (la palabra que expresa la sustancia, lo que es), mientras que todos los atributos divinos, Amor, Bondad, Sabiduría, Misericordia, Justicia, Eternidad, Inmutabilidad, Inmensidad, Omnipotencia, Omnividencia, Santidad, etc. son *sus adjetivos calificativos*.

Añadamos que “**el Divino Querer**” es la Voluntad de Dios en acto, indica lo que hace y por eso es *un verbo*. La distinción entre “**voluntad**” y “**querer**” (aunque coinciden de hecho) es la misma que hay entre “el corazón” y “el palpitar”, o entre un motor y el estar en marcha. Otra cosa es además el efecto que produce el palpitar, que es la vida, o el funcionamiento del motor, que es el viajar, por ejemplo. En el caso del “*querer*”, el efecto que produce es “*el amor*”. Por tanto, se puede decir que “*el Amor es el hijo de la Divina Voluntad*”, es decir, es su manifestación y comunicación.

La Divina Voluntad está por encima y más allá de todo lo que hace, de lo que Dios manda o prohíbe o permite. Es la fuente y razón suprema de todo lo que Dios es, de la Vida inefable de la Stma. Trinidad y de sus Obras de Amor eterno.

¿Pero, por qué es lo más desconocido entre los hombres, siendo lo más grande y maravilloso? ¿Por qué ante la Voluntad de Dios se siente el esfuerzo de someterse a una decisión ajena, que es poder incuestionable, que no se puede evitar?

Porque el único problema que en el fondo existe, es el de las **relaciones entre la Voluntad de Dios y la nuestra**. Ambas estaban ya representadas en aquellas

misteriosas y *simbólicas* plantas del Paraíso terrenal: **el Arbol de la Vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal** (Gén. 2,9). El fruto bendito del primero era la Vida; el fruto del segundo, del que el hombre no debía comer, es la muerte.

La Voluntad Divina había “descendido” por amor en su obra de la Creación; está presente en cada cosa creada, a la cual da existencia, energía y vida, la vida de sus infinitas cualidades, por lo cual “*los cielos y la tierra están llenos de su Gloria*”.

También en el hombre, Adán, creado *perfecto e inmaculado*, **la Divina Voluntad estaba presente para ser su vida**, y tanto más era gloriosa en él, cuanto el hombre superaba en dignidad y belleza a todos los demás seres creados. Pues los demás seres son obras, criaturas de Dios, pero el hombre, Adán, fue creado como *hijo* de Dios (Lc. 3,38). En Adán, Dios decretó a todos los hombres futuros y quiso que fueran sus *hijos*; pero Adán y toda su descendencia eran llamados a ser *hijos* de Dios en Jesucristo, el Verbo Encarnado, “*el primogénito*” entre todas las criaturas (Col. 1,15-17) “*la Cabeza de todo hombre*” (1ª Cor. 11,3), “*el Heredero de toda la Creación*” (Lc. 20,14). En Adán, hijo de Dios, la Divina Voluntad quería formar, no sólo la vida natural, puesto que Adán fue hecho “*alma viviente*” (1ª Cor. 15,45), sino la misma Vida sobrenatural de Dios; y eso era un don por gracia. Ese es el significado del Arbol de la Vida “*en medio del jardín*” (Gén. 2,9).

Sin embargo hacía falta que el Don fuera aceptado libremente y por amor, así como libremente y por amor Dios lo ofrecía. Ese es exactamente el sentido de **la prueba**. Sin la prueba, libre aceptación total de la Voluntad Divina, Dios hubiera tenido *siervos*, más aún, *esclavos*, pero no *hijos*, cosa indigna de su Amor. El hombre hubiera tenido que tener su voluntad humana “*como si no la tuviese*”, o sea, habría debido sacrificarla, ésto es, consagrarla, es decir, entregarla como ofrenda de amor a Dios, para dar espacio en ella al Don de la Voluntad Divina.

¿Pero qué significa que el hombre hubiera debido tener su voluntad “*como si no la tuviera*”? En una palabra, ¿tenía o no tenía que tenerla? Es el mismo problema del Arbol del conocimiento del bien y del mal: tenía que estar allí, en el jardín del Edén, pero el hombre no tenía que comer su fruto, para no morir.

¿Qué quiere decir todo ésto? Que en ese “Paraíso terrenal”, que era la naturaleza del hombre, no puede absolutamente faltar la voluntad humana, nuestra facultad decisional activa, cuya característica esencial es la de ser libre, tener el “*libre albedrío*”. Lo cual es claramente un don divino al hombre, que de por sí demuestra cómo ha sido creado “*a imagen*” de Dios. En efecto, poder decidir sin constricción es algo súmamente noble, propio de Dios, aunque en la criatura es también un riesgo gravísimo y necesario: puede rechazar a Dios por preferirse a sí misma. Eso es precisamente lo que hizo Lucifer y lo que en medida inferior hace el hombre cuando peca.

A la naturaleza humana (“*espíritu, alma y cuerpo*”, 1ª Tes. 5,23), en la cual el hombre era y es “*a imagen*” de Dios, Dios añadió un don divino, como una corona real, un don sobrenatural: **el don de su Adorabilísima Voluntad**, por la que el hombre era “*a su semejanza*”.

Dios lo hizo a su imagen, para que el hombre viviera y actuara a su semejanza, como un pequeño Dios creado, para poderlo amar y que él pudiera amarlo, y de este modo llegara a ser “*partícipe de la Naturaleza Divina*” (2ª Pe.1,4).

Pero en el momento de la respuesta en la prueba, el hombre dijo que no a Dios, desobedeció y con suma ingratitud despreció a su Creador y a su Regalo: quiso hacer su propia voluntad. En eso consiste **el pecado**. Rechazó la Divina Voluntad y la perdió, de su cabeza cayó la corona real y dejó de ser semejante a Dios. Con el pecado el hombre dejó de ser *hijo* de Dios, rompió el vínculo de amor y de vida que lo unía a Dios y, por más que se arrepintiera luego, podía ser tan sólo su *siervo*. Para ser de nuevo *hijo* era necesario que el mismo Hijo de Dios por propia naturaleza, restituyera al hombre *por gracia* su misma condición de ser hijo, mediante la Redención.

La Divina Voluntad ya no pudo seguir viviendo y reinando en el hombre, fue expulsada y quedó oculta en la Creación, ignorada por el hombre (por eso “*toda la Creación gime y sufre hasta hoy con dolores de parto*”: Rom. 8,22). Quedó como una madre amorosísima, privada de sus hijos, porque no la reconocen, la ignoran y ofenden brutalmente; pero mientras, Ella sigue cuidando de sus hijos ingratos, sirviéndoles por medio de todas las cosas creadas, dándoles lo poco que puede, a causa de su ceguera y lejanía, esperando el día en que su luz logre penetrar en sus mentes obcecadas y finalmente la acojan y la hagan reinar en ellos como vida. El pecado es hacer como un niño que, apenas empezara a hablar, su primera palabra no fuera “¡papá, mamá!”, sino: “¡Vete de mi vida, no te reconozco, no te quiero, no serviré!”. Es dar vida al propio querer humano, rechazando la Voluntad Divina. Es querer hacerse “Dios”, pero sin Dios.

Pues hay que saber que **la Voluntad Divina y la voluntad humana tenían que vivir en unión de amor tal, que no pudieran distinguirse una de otra**, como pasa con una gota de agua que se echa en el mar. Por eso, más que unión, tenían que **vivir en la unidad de un solo querer, el Querer Divino**.

Es lo que ocurre precisamente en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. El tiene por naturaleza una Voluntad Divina (que es la misma Voluntad del Padre y del Espíritu Santo) y una voluntad humana, que ha conservado siempre inocente y fiel, y que sin embargo ha tenido perfectamente inmolada... Jesús la tenía *como si no la tuviera*, porque **ambas voluntades vivían y actuaban en la unidad de un solo Querer, el Querer Divino**. No ha vivido una doble vida, “unas veces como Dios y otras veces como hombre”, no, sino siempre y en todo como el Hombre-Dios que es. Por eso, todo lo que El hizo con su perfecta naturaleza humana, aun las cosas más pequeñas, como comer, dormir, llorar, caminar, conversar, etc.) era fruto de un Querer Divino, Infinito, Eterno, Santísimo... Su valor es por tanto infinito y divino, su alcance es eterno, y no sólo porque son de Alguien que es una Persona Divina, sino porque son fruto de un Querer Divino.

Se percibe lo que es *la cruz-dolor*: está formada por esas **dos voluntades que se oponen, cruzadas como los dos palos, como los troncos de esos dos árboles**. El vertical es la Voluntad de Dios; el horizontal, que dice “no quiero”, es la voluntad del hombre. Entonces Jesús, que en su Encarnación había unido en feliz *desposorio* su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha asumido en Sí a todas las criaturas para unir las de nuevo a Dios. Encontró la Voluntad de Dios y las voluntades humanas en oposición, en forma de “*cruz-dolor*”, y así las hizo suyas para cubrirlas con “*Cruz-Amor*” y de este modo destruir su contraposición y su recíproco dolor. Y la “*Cruz-Amor*” de Jesús, sobre la cual vivió siempre, recostado en plácido abandono, no es sino

los brazos amorosos del Padre Bueno que Lo sostienen, su dulcísima e inmensa Voluntad, que para Jesús es el alimento, el descanso, la Vida.

¿Acaso no percibimos el eco lejano de un cántico nuevo de victoria, de amor, de Resurrección, *precisamente* en la misma “Cruz-Amor” de Jesús, el palpitar de toda su vida?

¿Por qué no lo oímos en nosotros? Porque en nosotros no está la Cruz-Amor de Jesús, sino solamente la cruz-dolor, la cruz-soportación, la cruz que llevamos arrastrándola nosotros y no la Cruz que nos lleva en sus brazos...

Ante la Voluntad de Dios puede haber distintas actitudes: van desde la ruptura de toda relación de vida y de amor con Ella (el pecado) a la reconciliación (la obediencia). En esta hay diferentes grados: *resignación, sumisión por temor, por interés, por amor, abandono confiado...* Se trata todavía, a lo sumo, de un regreso de la voluntad del hombre, que se esfuerza por unirse cada vez más a la Voluntad de Dios. Pero eso no le basta al Amor de Dios, el Amor exige la unidad. La unidad de un solo Querer. Como sucede entre las Tres Divinas Personas.

La Sagrada Escritura nos presenta un binomio: ***el siervo y el hijo***. Lo vemos en la historia de Abrahám. Su problema era el mismo problema de Dios: “*Yo me voy sin tener hijos... y todo lo que tengo, ¿para quién será?*” (cfr. Gén.15).

Ya podemos decir que los justos del Antiguo Testamento han sido los ***siervos*** buenos y fieles, mientras los del Nuevo, después de la Redención, son ***los hijos***. El problema del Patriarca Abrahám era el mismo que el de Dios: no puede ser su heredero el siervo, pues éste, aunque vive con El en su casa y disfrutando de sus cosas, no comparte su Amor, su Vida, sus supremos derechos, como los comparte el Hijo. ¡El Heredero ha de ser tan sólo el Hijo, porque *la Herencia* no consiste tanto en las cosas del Padre, cuanto en el mismo Padre!

Dijo Jesús a los Apóstoles en la última cena: “*Vosotros sois mis **amigos**, si haceis lo que Yo os mando. Ya no os llamo **siervos**, porque el siervo no sabe lo que hace su dueño, sino que os he llamado **amigos**, porque todo lo que le he oído al Padre os lo he dado a conocer*” (Jn. 15,14-15). Y apareciéndose resucitado a María Magdalena, dijo: “*Ve a mis **hermanos** y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*” (Jn. 20,17).

Los Apóstoles nos ofrecen otra clave para comprender las diferentes relaciones con la Voluntad del Padre. San Juan exclama: “*¿Qué gran amor nos ha tenido el Padre, para ser llamados **hijos de Dios**, y realmente lo somos! Amadísimos, desde ahora somos **hijos de Dios** (¡así es, por el Bautismo! ¿Se podría pedir algo más?), pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Sin embargo sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a El, porque Lo veremos tal y como El es*” (1ª Jn. 3,1-2).

Y San Pablo: “*Durante todo el tiempo que el heredero es niño (es menor) no es para nada diferente de **un siervo** (de un esclavo: en la forma de comportarse, en el modo de ser tratado, en la mentalidad), aun siendo dueño de todo; sino que depende de tutores y educadores hasta el tiempo establecido por el Padre*” (Gal. 4,1-2).

Por consiguiente, respecto a Jesús tenemos el trinomio “***siervos, amigos, hermanos***”. Y respecto al Padre tenemos el de “***siervos, hijos menores de edad*** (¡todavía parecidos a los esclavos!), ***hijos adultos como el Hijo***, semejante al Padre, digno de El.

El siervo “no sabe” lo que hace su Señor. El amigo “lo sabe”, pero el hijo “lo hace”. ¿Y qué es lo que hace? *Su Divina Voluntad*. Con El y como El: “*Así en la tierra como en el Cielo*”. Lo que es para Dios en el Cielo, lo es para los hijos semejantes al Hijo ya ahora, en la tierra.

¡Ese “*ya ahora*” ha llegado, ya ha empezado! ¡Pero aún tiene que venir, o sea, tiene que “*manifestarse*”, que estallar, que triunfar! ¡Tiene que eliminar al reino rival, al reino del querer humano, del cual el demonio es tirano, al reino del pecado, de la infelicidad, de la mentira, de la muerte! “*Reino contra reino*”.

Pues bien, ¿acaso Dios puede estar resignado a su Voluntad? ¿Tal vez sometido a ella? ¿O vive incluso abandonado a ella? Evidentemente no. Entonces, ¿qué es para las Tres Divinas Personas su sacrosanta Voluntad? *¡Es su propia Vida, la sustancia de su Ser y de su Felicidad, es su Todo!*

¡Ese es el don supremo que Dios quiere dar a sus hijos! O sea, que no sólo se porten bien, que sean buenos y obedientes a lo que les manda su Voluntad para merecer el Cielo, sino que aquí en la tierra Esta sea su Heredad, que la Voluntad Divina sea Voluntad *de ellos*: que tengan todo en común con Dios, como Jesús tiene todo en común con el Padre (“*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*”, Jn. 17,10). Así el hombre *será como Dios*. Por medio de la Redención, Jesucristo ha reparado en el hombre *la imagen Divina*, herida por el pecado. En su venida gloriosa, manifestándose como Rey (la “*Parusía*”), le devolverá la *semejanza con Dios* perdida.

Se trata del don más grande que Dios puede dar de Sí, el Don de los dones: **su Divina Voluntad** como Herencia y Vida de su criatura.

Adán fue creado no sólo inmaculado, sino incluso divinizado. A tantos preciosos dones naturales, Dios había añadido este don de gracia, su misma Voluntad. Le pidió tan sólo un acto de fidelidad, que no hiciera su propia voluntad humana, pero el hombre desobedeció. Se redujo a la condición del hijo pródigo de la parábola: un miserable pecador, el cual, por mucho que estuviera arrepentido, pudo ser acogido como *siervo*, mas no como *hijo*. Para volver a serlo, antes tenía que ser redimido. Solamente el Hijo de Dios por naturaleza, haciéndose Hombre, podía restituirle su condición regia de hijo de Dios por gracia.

Jesucristo, el Hombre-Dios, es el único que tiene por naturaleza esa Voluntad Divina; sólo El puede darla a quien quiere y cuando quiere. Y con El, su Santísima Madre ha tenido por gracia la Divina Voluntad con plena posesión y vida, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada. La presencia de esta Adorabilísima Voluntad en María como su propia vida, la hizo capaz de obtener de la Divina Justicia que el Cielo se abriera, para hacer que el Verbo de Dios bajara a encarnarse en su seno virginal. Esa Divina Voluntad no sólo le pidió a María una respuesta afirmativa, sino que Ella misma *la expresara con su “Fiat”, con su “Hágase en mí”*, junto con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa Suprema Voluntad le dió a María la Fecundidad divina del Padre, Fecundidad virginal, Potencia creadora, su misma Paternidad, que en Ella se llama Maternidad divina.

Y ahora, tras haber hecho que la Redención fuese conocida y completase su desarrollo en la Iglesia, *quiere darla* a todo el que la quiera y se disponga, a condición de entregarle a Dios todo derecho y uso de la propia voluntad humana.

Este Don de la Divina Voluntad lleva consigo, en primer lugar, **otro don misterioso, como único camino de acceso:** el de la *noticia* por parte de Dios, el de su *revelación y promulgación*. Y eso ya lo ha dado a su Iglesia por medio de una criatura que El ha querido llamar para esta misión única y altísima: la Sierva de Dios **Luisa Piccarreta** (1865-1947), “*la Pequeña Hija de la Divina Voluntad*”, dando garantía de segura autenticidad con el doble sello de la cruz y la obediencia.

Ahora, como en aquel tiempo, Jesús habla y dice: “*Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que Me ha mandado. Todo el que quiera hacer Su Voluntad, conocerà si esta doctrina viene de Dios o si Yo hablo por Mí mismo. Quien habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero quien busca la gloria de Aquel que lo ha mandado es veraz y en él no hay injusticia*”. (Jn. 7,16-18).

Al anuncio del decreto de Dios de dar a sus hijos su Adorabilísima Voluntad, hacen eco las palabras del Angel a los pastorcitos de Belén: “*No tengais miedo, os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo*” (Lc. 2,10).

En este mismo momento Jesús exulta en el Espíritu Santo y dice: “*Yo Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñitos. Sí, Padre, porque así Te ha agradado. Todo Me ha sido dado por el Padre mío y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Lc. 10,21-22).

Esta conferencia, junto con una breve presentación de la persona, de la vida y de la misión de Luisa Piccarreta y una pequeña selección de textos tomados de sus escritos, fue publicada por mí como manuscrito privado en 1992.

P. Pablo Martín